

Para leer a Poulain de la Barre

Marcela Lagarde y de los Ríos

El pensamiento de Poulain de la Barre (1647-1723) como el de otros hombres involucrados con la causa de las mujeres y, de manera particular, con la igualdad entre mujeres y hombres, reposa en una historia negada, invisibilizada. Es la historia del pensamiento crítico feminista creado por mujeres frente al mundo patriarcal.

Todavía hoy, connotados ideólogos ni siquiera citan a las intelectuales de quienes toman sus ideas, no sólo plagian, sino que expropian los más importantes aportes de mujeres feministas a la crítica de la modernidad y luego los publican como ideas propias. Es el caso reciente de Pierre Bourdieu, en su libro *La dominación masculina* en que pareciera ser el primero en reflexionar sobre el tema. Y, en la ignorancia de quienes acuden a sus textos, él y otros son citados como autoridades en demérito de las creadoras.

Otros más, a pesar de su cercanía con feministas, pienso en Sartre, se mantienen impermeables a la influencia teórica, específicamente feminista, de mujeres como Simone de Beauvoir y siguen derrochando tinta androcéntrica sobre un ser universal.

Las ideas de intelectuales y políticos comprometidos con la igualdad, como John Stuart Mills comparadas con las de Harriet Mills, no alcanzan la radicalidad de quien piensa en la *igualdad* desde la *desigualdad* y no desde la supremacía y el androcentrismo, lo que se aprecia por ejemplo, cuando ambos, en textos diferentes, fundamentan el divorcio.

Algunos más, como Víctor Seidler, a quien escuché de viva voz, en un encuentro sobre igualdad, estereotipan al feminismo y consideran a las feministas pasadas de moda en la reflexión sobre los géneros, se apoyan en nuestra epistemología y en nues-

tros principios éticos, los hacen aparecer como suyos, y arguyen que nosotras no los tenemos.

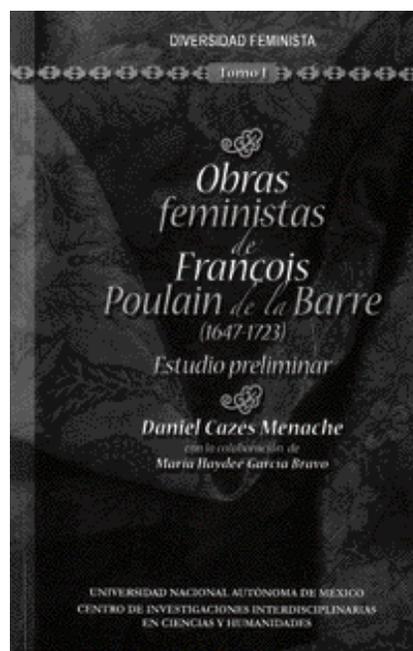
El pensamiento proigualdad además de tener uno de sus orígenes en el pensamiento crítico de las mujeres, es también, producto de las transformaciones prácticas, cotidianas, que las mujeres hemos experimentado e impulsado en el mundo y en la propia vida, tanto en lo privado como en lo público, frente a hombres e instituciones que se resisten y oponen a nuestro avance, o que aprueban el principio general pero se confrontan de manera misógina con mujeres en particular. Es preciso recordar que el pensamiento por la igualdad humana y por la igualdad entre mujeres y hombres es un aporte de la política feminista de las mujeres, es decir, de un sinnúmero de acciones y movimientos feministas promovidos por mujeres en el ámbito público, desde los salones hasta las plazas.

Por eso es relevante el análisis histórico, filogenético que nos presenta Daniel Cazés en su *Estudio preliminar a las obras feministas de Poulain de la Barre*, en el que expone una investigación sobre las conexiones históricas evidentes y ocultas de Poulain de la Barre con pensadoras como Eloísa, Christine de Pizan, las mujeres de los salones y Marie de Gournay. Es relevante la imaginación del investigador cuya hipótesis consiste en que, a pesar de no citarlas, no pudo no leerlas y, uno de los aportes de su *Estudio preliminar* consiste en que Daniel encuentra la huella de estas autoras, las lee en los textos de Poulain de la Barre y nos conduce a su encuentro. Así, es posible recorrer la historia de las ideas e identificar las fuentes diversas de la síntesis del pensamiento feminista de mujeres precursoras y contemporáneas realizada

desde la posición y la óptica masculinas de Poulain de la Barre sobre la igualdad de los sexos.

Dar la bienvenida a un libro es siempre motivo de alegría. Y recibir en 2008 la recopilación, traducción y actualización lingüística, de obras que datan de más de trescientos años, es motivo de celebración por el anhelo de vigencia de la igualdad experimentado por Daniel al zambullirse en la obra y en la vida de Poulain de la Barre y de las intelectuales que lo nutrieron.

Es encomiable el trabajo de reconstrucción histórica de una biografía bordada con el hilo del pensamiento expresado en las obras de Poulain de la Barre e indagaciones sobre las creencias y la participación religiosa de este cura converso, para ubicar sus tesis sobre la igualdad. El *Estudio preliminar* aporta un recorrido por la historia de la génesis del feminismo en



la Europa medieval premoderna y luego en la Ilustración, y conduce al autor a plantear inferencias y conexiones a través de la similitud de las ideas e incluso del lenguaje entre Poulain y las feministas.

Es preciso ubicar el conocimiento y la vigencia de las *Obras feministas de Poulain de la Barre* en la actualidad. La utopía moderna de la igualdad se abre paso en un encuadre político de género en el cual sólo se acepta parcialmente la ciudadanía de las mujeres y, esa parcialidad conduce a la ciudadanía patriarcal que implica desigualdad y brechas de género en las oportunidades de desarrollo y de participación de las mujeres, aunque supone una universalidad abstracta de la condición ciudadana. Contiene, de hecho, una visión y una política no sólo antropocéntrica sino políticamente supremacista masculina.

En sus orígenes, la igualdad entre mujeres y hombres quedó truncada al quedar como un principio de un nuevo contrato social entre los hombres, como lo muestra la Declaración de la Mujer y la Ciudadana de Olimpia de Gouche, su decapitación por el terror y la proscripción y persecución de mujeres que vindicaban su ciudadanía en igualdad. El Estado moderno, que descansa en el principio de igualdad (entre los hombres), excluyó a las mujeres y las suprimió con violencia basado en el pacto patriarcal de fraternidad.

Tras dos siglos y medio, persiste la deuda de la modernidad con las mujeres y la democracia. Los movimientos de mujeres y feministas han desarrollado ideas y propuestas cada vez más complejas sobre la igualdad. En la cultura feminista contemporánea la igualdad, que siempre ha supuesto su concordancia con el principio de libertad, no es un principio autónomo. Encuentra su completud en el principio de la diferencia. En este proceso, se han incluido también los principios de justicia, equidad y diversidad. En suma, se ha ampliado el referente utópico a partir de la crítica feminista al paradigma de la modernidad con su tierra prometida de desarrollo, democracia y progreso que oculta las múltiples formas de exclusión.

Poulain de la Barre, nos dice Daniel Cazés, antecede y fundamenta la igualdad



François Poulain de la Barre

entre mujeres y hombres. Su voz sintetiza reflexiones, elaboraciones y discusiones, sobre todo, de mujeres en torno a la igualdad de los sexos. Lo notable en Poulain de la Barre es que esta igualdad abarca su discurso y su obra.

La mayoría de los pensadores de su época y posteriores pensaron la igualdad y han pugnado por ella en relación con otras categorías sociales y, a pesar de su pretendido universalismo, padecen una profunda ceguera de género. Se irritan cuando un principio tan elevado como la igualdad es utilizado para analizar las relaciones entre mujeres y hombres y, con esta mirada replantear el sentido y el contenido de la propia vida y de la vida de las congéneres, de la sociedad, del Estado y de la cultura. Se produce una mayor irritación cuando, por la vía de la política feminista, este principio filosófico se transfigura en práctica de vida.

La ecuación de la igualdad ligada a la fraternidad como pacto de inclusión de los hombres y de exclusión de las mujeres, como bien señala Celia Amorós, es contradictoria con el sentido feminista de igualdad entre los géneros vindicado en todo el mundo. Sin embargo, esta visión misógina continúa hasta nuestros días enunciada como la igualdad de la mujer con el hombre.

Al colocar la igualdad como una posición de la mujer abstracta en relación con el hombre abstracto, protagonista, ser su-

premo y modélico, se reafirma al hombre, a los hombres y a lo masculino, como referentes de emulación para las mujeres secundarias, inferiores e incompletas, como variantes del ser. Se reafirman, asimismo, la supremacía masculina y el poder paradigmático del sujeto patriarcal que obtienen los hombres al enseñorearse sobre las mujeres, sobre otros hombres y sobre el mundo. La mujer abstracta, satelital, gira en torno al sujeto centrado, y avanza, sólo, cuando consigue emular al sujeto, al hombre, a los hombres y a lo masculino.

En este sentido, la investigación y el texto de Daniel Cazés nos conducen a Marie de Gournay, al referirse a la poca imaginación de los hombres que se limitan a expresar opiniones vulgares:

Obsérvese cómo comparan los hombres a los dos sexos: según ellos, la más elevada meta que puede alcanzar la mujer consiste en emular la carrera masculina común; para ellos es impensable que una gran mujer pueda definirse como se define cualquier gran hombre... (p. 210).

Esta tendencia ideológica sobre la igualdad como emulación continúa en nuestros días: desde visiones progresistas y modernas, e incluso liberales, hay quienes se proponen orientar las transformaciones igualitaristas para lograr la identidad de la mujer, las mujeres y lo femenino con el hombre, los hombres y lo masculino. Ocupar los mismos espacios que los hombres, realizar las mismas actividades que ellos, asumir el poder que ellos detentan, pensar como ellos, tener, ni más ni menos, los mismos derechos que los hombres. Con ello, por fin, podrá suprimirse la condición subhumana de las mujeres y de lo femenino que nadie comprende ni conoce, incluso hay quien se ha preguntado ¿qué quiere la mujer?

Las corrientes fundamentales del feminismo contemporáneo rechazan esa conceptualización de la igualdad y proponen el principio de igualdad como una característica de la relación entre sujetos de género paritarios. Planteado de esta manera, el principio de igualdad conduce a cam-

bios de género en los sujetos sociales y a no considerar a priori a ninguno como referente modélico. Las feministas experimentamos cambios al proponer y exigir a la sociedad cambios y soluciones, y al impulsar alternativas en el mundo.

Las mujeres nos transformamos enormemente. En cambio los hombres, incluso quienes promueven la igualdad, están situados y posicionados en una condición de género que no consideran necesario ni están dispuestos a cambiar. Al parecer nos dicen que cambie el mundo para que las mujeres avancen, sin que eso nos toque, sin que signifique la pérdida de nuestros poderes, nuestras posesiones, nuestros accesos, nuestro control y dirección, nuestras decisiones, incluso nuestra voluntad de promover, como *hombres de verdad*, la igualdad para las mujeres.

En estos siglos, la visión filosófica feminista se ha ampliado y enriquecido como pensamiento complejo y plural: al lado de la *igualdad*, se ha ido afianzando el principio de la *diferencia*, anterior históricamente al principio de *igualdad*. La *diferencia* fue vindicada por Hildegarda Von Biggen, Christine de Pizan, sor Juana Inés de la Cruz, entre otras, quienes asumieron su *diferencia* como *especificidad* y desde ella vieron el mundo, vivieron, vindicaron sus derechos y desenmascararon su propia cultura patriarcal sin siquiera rozar el tema de la *igualdad*... ¿con quién? Hicieron sólo la valoración de lo femenino como en los cantos que Hildegarda crea para La Virgen y no para El Señor, la edificación de la fortaleza de las mujeres de Christine de Pizan y en la afirmación de sor Juana del intelecto y, diré con María Zambrano, de la razón poética de las mujeres.

Desde entonces, hay una gama de interpretaciones en las que se considera determinante genéricamente que mujeres y hombres somos diferentes. Sobre esta base se construyen distintos caminos. Las mismas ideologías que sustentan la igualdad como emulación de las mujeres a los hombres, fuera del feminismo, asocian *diferencia* a *desigualdad* y consideran la *diferencia* como causa directa de la *desigualdad*. Por tanto, sólo aspiran a disminuir la discriminación, a incorporar sólo a algunas mujeres, a sólo disminuir, pero no erradicar la violencia

contra las mujeres. Al naturalizarse la relación *diferencia-desigualdad* como causal, se la eterniza como frontera infranqueable a posibles semejanzas entre los diferentes, impedimento para construir la *igualdad*. Asimismo, se acepta la *desigualdad* como inherente a la condición de las mujeres y de los hombres.

Además de exaltar lo femenino en sí mismo, hay quienes se oponen a la igualdad planteada desde el feminismo como si consistiera en la asimilación de las mujeres o en volverse como los hombres y se resisten a cambios con el argumento de que las mujeres no aspiramos a mimetizarnos con los hombres. En sus expresiones más escuetas la *igualdad* es incompatible con la *diferencia*. No es una aspiración de las mujeres y es obvio que tampoco lo es de los hombres.

Con todo, las vertientes feministas de la *diferencia* permiten la autovaloración de las mujeres, y una nueva percepción identitaria que pasa por la estima genérica basada en el reconocimiento de valores, saberes y poderes propios de las mujeres ligados a la vida y a la ética del cuidado o a capacidades subjetivas consideradas exclusivas.

Recorre los caminos del feminismo una suerte de orgullo de género que, en el extremo conduce a algunas mujeres a la sobrevaloración supremacista del género considerado inherente al cuerpo sexuado femenino y, en algunas corrientes posmodernas que incluyen a movimientos por la diversidad sexual, a descorporizar al sujeto y proclamar lo femenino en mujeres y hombres y lo masculino en mujeres y hombres.

Desde una epistemología feminista innovadora, la *diferencia* como producto de la historia y no como inmanencia, es el convertidor metodológico que permite resignificar el principio de *igualdad* y articularse con él. Hoy aspiramos a la *igualdad desde la diferencia* y consideramos la *diferencia* como una condición cambiante que sustenta la viabilidad epistemológica y política de incidir en cambios de género.

Así, la *diferencia* aparece como un principio *equidistante* entre los géneros: las mujeres somos diferentes *de* los hombres y los hombres son diferentes *de* las mujeres, por

condición de género, es decir, por la historia política que ha significado, normado y construido a las mujeres y a los hombres en circunstancias específicas.

Con estos elementos se entretreje el principio de la *diversidad*, porque entre mujeres y mujeres hay tal entrecruce de condiciones bio-socio-culturales y políticas, como las de edad, nacionalidad, etnia, idioma, religión derechos civiles y legales, de ámbitos y mundos, y de diferentes capacidades y desarrollos, que las hacen distintas entre sí al igual que a los hombres. La *diversidad* es un principio filosófico vindicativo de la historia propia, de la historia resignificada y convertida en identidad cambiante.

Así, además de asumir la *igualdad* entre diferentes sexuados, incorporamos el reconocimiento de la *diversidad compleja*, integral, de los sujetos en un marco democrático inmediato y global. *Igualdad* desde la *diferencia* en la *diversidad* como principios normativos cuyo soporte es el principio de los principios, el principio de *equivalencia humana*.

Decidimos filosóficamente que somos iguales porque somos equivalentes, la vida de cada quien vale lo mismo que la vida de cada cual y, políticamente continuamos haciendo cambios basados en el principio de equidad, es decir, aspiramos a construir la igualdad con justicia y libertad.

De ahí la importancia actual de conocer *Las obras feministas de Poulain de la Barre* que nos convocan este día para profundizar en la evolución y en los fundamentos de concepciones complejas que han tenido desarrollos, variantes y significados distintos, como son las concepciones sobre la igualdad de los sexos sintetizada y expuesta por Poulain de la Barre.

En realidad festejamos dos obras. Una es la traducción y puesta en lenguaje actual de las tres obras de Poulain de la Barre, la otra, es la ubicación y la génesis feminista del pensamiento de Poulain de la Barre.

Felicito al Programa de Investigación Feminista y a su Colección *Diversidad feminista*, por el acierto editorial al permitirnos conocer en nuestra lengua esta obra con grabados, retratos y facsimiles, índice onomástico y todo lo demás, y felicito a Danielo por su pasión por Poulain.